

Maternidades transgeneracionales en el exilio. La historia de Sara, Claudia y Mara (1973-1992)

Transgenerational Motherhoods in Exile: The Story of Sara, Claudia, and Mara (1973–1992)

CRISTINA GONZÁLEZ SÁNCHEZ¹

Resumen

La presente investigación analiza maternidades en el exilio, en el marco de la dictadura civil militar chilena, a través de memorias de mujeres que gestaron y criaron en medio de este proceso. A partir de la historia de vida de Sara, exiliada en Perú, Rumanía y Mozambique, junto a su familia, militantes del Partido Comunista, nos preguntamos ¿Qué tensiones se expresan en las trayectorias de las madres en el exilio? ¿Qué mandatos de género y generación se expresan en su relato del exilio? Como una investigación exploratoria desde la historia social y del tiempo presente, la fuente fundamental son las entrevistas y análisis de prensa de la época, con énfasis en los años de exilio de Sara entre los años 1973 y 1986 y las dinámicas generadas en su hija Claudia y nieta Mara, y su retorno final a Chile en 1991.

Palabras clave: maternidad, dictadura, género, generación, memoria.

Abstract

This study examines motherhood in exile during the Chilean civil-military dictatorship, through the memories of women who gave birth and raised children under these circumstances. Focusing on the life story of Sara, who was exiled with her Communist Party-affiliated family in Peru, Romania, and Mozambique. This research explores the following questions: What tensions emerge in the experiences of mothers in exile? How are gender and generational expectations reflected in their narratives? Conducted as an exploratory study within the frameworks of social and contemporary history, the research relies primarily on interviews and contemporary press analyses, emphasizing the years of Sara in exile from 1973 to 1986, the intergenerational dynamics involving her daughter Claudia, her granddaughter Mara, and her eventual return to Chile in 1991.

Keywords: motherhood, dictatorship, gender, generation, memory.

¹ Universidad de La Frontera. cristina.gonzalez@ufrontera.cl. <https://orcid.org/0000-0003-1251-5143>

Introducción

En el marco del golpe de Estado y la posterior instauración de la dictadura civil militar chilena, la junta militar promovió una serie de políticas represivas dirigidas a desmantelar el gobierno de la Unidad Popular y el tejido político social construido hasta entonces. Entre estas medidas, el exilio fue una de las consecuencias directas y una forma de violación a los Derechos Humanos que afectó a miles de chilenos y chilenas, dejando una importante huella en su identidad y en las generaciones posteriores. Este proceso que involucró a 400.000 chilenos y chilenas² produjo una crisis de identidad y una ruptura total de sus vidas. Junto con ello, vivieron numerosos procesos de adaptación en países ajenos a su cultura de origen, y posteriormente, procesos de readaptación a la realidad chilena post retorno a la democracia.

Fueron numerosos los países e instancias de organizaciones y sociedad civil que demostraron solidaridad con los chilenos y chilenas perseguidos por el régimen. En este marco, existieron países que gestionaron desde sus embajadas la posibilidad de gestionar y proveer asilo. Así, personas y familias completas dejaron atrás su país para comenzar sus nuevas vidas en realidades muy diversas.

A partir de este escenario, el presente trabajo, enmarcado en una investigación en curso, analiza cómo se transitan las maternidades en el exilio, a través de memorias de mujeres que gestaron, criaron y crecieron en medio de este proceso. Desde la historia de vida de Sara Teillier Sandoval, exiliada en Perú, Rumanía y Mozambique, junto a su familia, militantes del Partido Comunista, las principales interrogantes son: ¿Qué tensiones se expresan en las trayectorias de las madres en el exilio? ¿Qué mandatos de género y generación se expresan en su relato del exilio? ¿Cómo convive la militancia y las exigencias políticas con la maternidad? En esta investigación planteada desde la historia social y del tiempo presente, la fuente fundamental son las entrevistas y análisis de prensa de la época, con énfasis en los años de exilio de Sara entre los años 1973 y 1986 y las dinámicas que rigieron las trayectorias de vida familiar, específicamente en su hija Claudia y nieta Mara, y su retorno final a Chile en 1991.

Abordar las experiencias de los desplazamientos forzados en el marco de las dictaduras militares integra distintos matices si se ahonda en las trayectorias de vida, en el espacio privado y en las particularidades que vivieron miles de personas que debieron abandonar sus países de origen para sobrevivir en espacios geográficos diversos y radicalmente distintos. En este marco, investigar sobre las dinámicas familiares y el desafío de continuar criando, gestando y lograr compatibilizar todo aquello en medio de un importante choque cultural, se vuelve trascendental para comprender una realidad que continúa latente en la actualidad.

Hacer historia desde los vínculos: consideraciones metodológicas

Este artículo se enmarca en una investigación de historia social y del tiempo presente, para el estudio de la historia de vida de Sara Teillier Sandoval y su linaje femenino, con el análisis de fuentes orales y documentales. Para ello, trabajó en base a entrevistas realizadas entre 2023 y 2025 a Sara Teillier y su nieta Mara³, además de la incorporación de material de prensa y archivos familiares correspondientes al periodo de estudio situado entre 1973–1992. Estos años se consideran por el inicio de la dictadura y el retorno de Claudia Espina (hija de Sara) a Chile, embarazada de su hija Mara.

La elección del caso se justifica por su relevancia biográfica y generacional: tres mujeres pertenecientes a una misma familia exiliada durante la dictadura chilena, cuyas trayectorias permiten observar la persistencia y transformación de los vínculos maternales en el desarraigo. El foco de análisis estuvo en identificar cómo se desarrollaba el cuidado y militancia, pero también los afectos, la maternidad, los silencios y la transmisión de la historia familiar. La triangulación con prensa y documentos oficiales buscó contextualizar los relatos individuales dentro de los procesos políticos y sociales del exilio.

Cabe señalar que la recopilación de estas historias ha debido considerar también los límites que imponen los propios procesos de memoria. En el caso de Sara, el diagnóstico reciente de Alzheimer ha restringido la posibilidad de reconstruir con detalle su vida desde su ingreso a la Universidad en adelante, mientras que Claudia ha optado por guardar silencio su experiencia. Estos vacíos no sólo constituyen obstáculos metodológicos, sino que también revelan cómo la memoria del exilio se configura a través de fragmentos, omisiones y decisiones afectivas que forman parte del propio fenómeno histórico.

La familia Teillier como núcleo de este estudio responde a su carácter representativo y, a la vez, singular dentro de las experiencias vividas en el Chile reciente. En ella confluyen tres generaciones de mujeres (Sara, Claudia y Mara) cuyas trayectorias permiten observar, a lo largo de dos décadas, las transformaciones de la maternidad, el cuidado y la memoria en contextos de dictadura, exilio y retorno. Esta familia encarna una biografía colectiva donde se entrelazan la militancia política, la experiencia del destierro y los procesos de reconstrucción afectiva posteriores. Además, posibilita abordar la dimensión transgeneracional de la memoria desde una mirada situada y concreta, pues sus relatos revelan distintos modos de heredar y transformar el legado de lo vivido. Estas condiciones convierten a la familia en un caso privilegiado para analizar cómo las vivencias políticas del siglo XX chileno se inscriben en los vínculos familiares y en las subjetividades femeninas.

Comprender las trayectorias familiares, desde esta perspectiva, implica reconocer que el marco temporal estudiado no solo transformó los espacios políticos, sino también los modos de habitar la maternidad y de sostener los vínculos afectivos. Las mujeres, en su papel de madres, hijas y

³ No se incluye a Claudia (hija de Sara y madre de Mara) en las entrevistas, puesto que, hasta la finalización de este artículo, no ha querido continuar en el proceso. Su silencio se analiza más adelante como un aspecto a considerar en los trabajos con la memoria.

cuidadoras, asumieron el desafío de mantener la continuidad de la vida en medio de los cambios que ocurrían en sus trayectorias. En este sentido, abordar sus historias requiere situarlas dentro de un entramado mayor de género y memoria, donde la maternidad no se reduce a una función biológica, sino que se configura como una práctica social y política, tal como se indica más adelante.

El siguiente apartado profundiza en esta relación entre género, maternidad y dictadura, explorando cómo los mandatos culturales y las experiencias históricas modelaron las formas de maternar durante los años setenta y ochenta.

Género, maternidad y memoria en el exilio: aproximaciones teóricas

El concepto de exilio es definido por la Agencia de la ONU para los Refugiados como “la separación de una persona de la tierra donde vive”. Utilizada por las dictaduras del Cono Sur en una forma de castigo hacia militantes, simpatizantes de izquierda y, en algunos casos, personas sin filiación política directa, quienes pasaron por estos procesos describen la sensación de desarraigamiento y precariedad. Por lo tanto, el presente proyecto busca situar la maternidad en marco temporal seleccionado como un eje central de análisis desde el enfoque de la historia social y del tiempo presente, reconociendo que las experiencias de las mujeres madres y/o militantes permiten iluminar aspectos poco explorados de la represión, la resistencia y la construcción de memorias. En base a ello, se establece que la maternidad no es solo un ámbito privado, sino también un terreno político atravesado por tensiones de género, política que se perpetúa en su transmisión generacional.

Desde la teoría y diversos estudios realizados, el exilio ha sido abordado desde aspectos globales, tales como cifras, destinos, políticas internacionales, redes diplomáticas o de solidaridad (Jensen 2007; Oliveira-Cézar 2000). Sin embargo, la investigación sobre las experiencias familiares, las prácticas de crianza y las tensiones de género aún se encuentra en desarrollo. En dicho sentido, las situaciones vividas por mujeres no fueron solo una experiencia política o social, sino también la integración de dinámicas que ocurren al interior de los espacios privados. De este modo, la crianza en medio del desarraigamiento implicó enfrentar duelos, cambios y resistencias que marcaron tanto la vida de las mujeres como la de sus familias. Aunque las investigaciones han abordado con detalle las dinámicas del exilio en Latinoamérica, la maternidad como experiencia atravesada por mandatos de género y prácticas de cuidado aún ocupa un lugar secundario en estos relatos. En diálogo con estudios sobre memoria, militancia y género, esta investigación busca recuperar esas voces, situándose en el centro de la reflexión y reconociendo su impacto en las generaciones posteriores.

Desde la categoría de género, Carole Pateman (1995) lo aborda como un concepto opuesto al patriarcado, en el que la sujeción de la mujer respecto al hombre se naturaliza utilizando el argumento de la biología como promotora de la diferencia sexual. La autora señala que: “Referirse al género y no al sexo indica que la posición de la mujer no está dictada por la naturaleza, por la biología o por el sexo, sino que es una cuestión que depende de un artificio político y social” (Pateman 1995, en Vargas 2021: 516).

Por su parte, Teresa de Lauretis señaló que el género no pertenece a los cuerpos, sino que responde a los efectos, comportamientos y relaciones sociales entre ellos, producto de aparatos estructurales y biomédicos (Lauretis 1989, en Cavieres 2021: 15). Estas perspectivas permiten comprender cómo la dominación patriarcal se normaliza tanto en la familia como en la esfera pública, y cómo ello se refleja en las historias de vida de mujeres exiliadas marcadas por las diferencias generacionales.

En esta línea, resulta relevante el rescate de biografías y autobiografías como “vidas narradas” por las propias protagonistas (Arfuch 2018), que nos invitan a mirar críticamente los cambios y continuidades en las experiencias de las mujeres en dictadura. A través del enfoque de género, estas historias de vida orales aportan a las narrativas contemporáneas sobre militancias femeninas en Chile (Vidaurrazaga 2019; Fernández et al. 2017; Valdés 1987). Desde los aportes de Luisa Passerini (2005, 2016), la relación entre género y memoria se concibe desde la subjetividad e intersubjetividad, reconociendo que las mujeres deben analizarse no de manera aislada, sino en permanente relación con otros, compañeros, hijas e hijos (Passerini et al. 2017). Estos enfoques permiten comprender que las historias de vida no sólo relatan experiencias personales, sino también procesos colectivos de sentido y memoria.

En las intersecciones entre lo vital y lo traumático, los estudios desarrollados para el caso argentino son clave (Jelin 2002; Franco 2018a; Oberti 2015; Peller 2020; Bacci y Oberti 2022). En estas obras se entrelazan los afectos, las emociones y la vida cotidiana con procesos de cambio profundo, revelando la larga duración de las problemáticas de género. En el ámbito latinoamericano, los trabajos de Elizabeth Jelin y Steve Stern han mostrado cómo las memorias del exilio y de la represión se articulan en torno a la familia, los afectos y los vínculos sociales. Marina Franco (2018b) y Alejandra Oberti (2015) exploraron cómo se conjugan militancia, vida cotidiana y género en los años setenta, mostrando la reconfiguración de los roles de género y de la maternidad en contextos de violencia política. Claudia Bacci y Oberti (2022) destacan la centralidad de las emociones y los afectos en los relatos, evidenciando que las vivencias femeninas no pueden entenderse únicamente en clave de victimización, sino también de creatividad, resistencia y reconstrucción.

El desplazamiento forzado no es algo propio de Latinoamérica. En otros casos similares del siglo XX como lo ocurrido durante el régimen franquista en España, la pérdida del hogar y la necesidad de rehacer la vida en otro continente fueron la tónica para muchas familias. En el caso de las mujeres, lo ocurrido no se limita solamente a la acción de abandonar el país de origen, sino también aprender a maternar en contextos desconocidos, donde las costumbres, las lenguas y las redes de apoyo eran distintas. Los estudios sobre las familias republicanas españolas muestran cómo la maternidad y la crianza se transformaron en espacios de resistencia frente al desarraigo (Rojas y Santoni 2013). Mirar este proceso en Latinoamérica y las trayectorias ocurridas permite reconocer puntos en común: la tensión entre militancia y cuidado, los mandatos de género y la transmisión de estas experiencias a las generaciones posteriores.

Elizabeth Jelin (2002) sostiene que los procesos que provocan desarraigo generan también la búsqueda de pertenencia como un acto inherente al derecho humano de la comunidad. En este marco se inscriben las trayectorias de vida de miles de mujeres, madres y militantes, o bien afectadas por

la militancia familiar, que debieron afrontar esa reconstrucción de sentido. Marina Franco (2009: 117), afirma que las mujeres exiliadas, en su mayoría, pertenecían a sectores medios y altos, o provenían de familias con capital cultural, y que muchas llegaron solas o acompañadas solo de sus hijos, a diferencia de los hombres que lo hicieron en menor número. En los relatos, las emociones y vivencias íntimas aparecen más en las narraciones de mujeres, lo que evidencia la importancia de abordar el desplazamiento forzado desde un enfoque de género y desde las trayectorias de vida, capaces de iluminar ámbitos que la historia política no alcanza a capturar. De esta manera, Jelin (2002) señala que las memorias del trauma y del exilio no se transmiten de manera lineal, sino a través de silencios, relatos parciales, rituales familiares y prácticas culturales. En este sentido, la maternidad se presenta como un espacio clave para la reproducción y transmisión de la memoria, donde las mujeres operan como mediadoras entre el pasado traumático y las nuevas generaciones.

La construcción de las historias de mujeres y de las infancias como un ámbito separado de lo político ha tenido efectos persistentes en la forma de comprender las experiencias familiares bajo régimenes autoritarios. Como advierte Llobet (2016), desde el siglo XIX el bienestar infantil se asoció a la exclusión de los niños y niñas de la vida pública, confinándolos al espacio doméstico y despojándose de agencia política. Esta conceptualización reforzó jerarquías de género y generación, invisibilizando las formas en que mujeres y niños desplegaron agencia social incluso en condiciones de marginalidad. Incorporar esta perspectiva al estudio de las maternidades en marco de las trayectorias vividas en procesos dictatoriales permite comprender que estas no se desarrollaron únicamente en la esfera privada, sino que dialogan constantemente con lo político, en tanto la crianza y la transmisión de memorias en contextos de desarraigado se transformaron en espacios de resistencia y resignificación.

A la luz de lo anterior, resulta significativo el análisis de las memorias femeninas durante la dictadura civil militar chilena. Espinoza Cartes (2019) destaca que las mujeres exiliadas continuaron con su militancia y activismo político incluso en contextos de adversidad idiomática y cultural, sosteniendo a sus familias, postergando sus trayectorias profesionales y promoviendo la escolarización de sus hijos. Lejos de quedar relegadas al ámbito privado, formaron redes sociales, aportaron a las sociedades de acogida y mantuvieron como horizonte la lucha contra la dictadura. Estos relatos permiten reconocer que lo íntimo y lo político estuvieron profundamente entrelazados, y que la resistencia se ejerció también en los gestos cotidianos de cuidado, organización y transmisión de memorias.

Por otra parte, investigaciones como las de Silvina Jensen (2007) y María Oliveira-Cézar (2000) han mostrado cómo las comunidades de exiliados se insertaron en contextos transnacionales generando redes de solidaridad, pero también enfrentando tensiones culturales que modificaron sus formas de vida. Estos aportes permiten reconocer que la maternidad en estos contextos no fue una práctica estática, sino que se transformó a partir del contacto con nuevas realidades sociales y políticas, influyendo en la crianza y en los sentidos atribuidos a la familia.

Si bien este conjunto de estudios ofrece una base sólida, se observa una brecha: la maternidad como experiencia transgeneracional permanece poco desarrollada. Aunque se reconoce que las

memorias del exilio se transmiten a través de relatos fragmentarios, silencios o rituales familiares, falta indagar en cómo la maternidad funcionó como vehículo específico de esa transmisión. Las entrevistas preliminares de este proyecto sugieren que hijas e hijos de exiliadas no solo heredaron recuerdos, sino también formas de entender la maternidad, la militancia y la pertenencia cultural. A ello se suma la dimensión psicosocial del exilio en las infancias: como documenta Domínguez (1984), la pérdida de un ambiente seguro, la inestabilidad y el desconcierto marcaron de manera traumática la vida familiar de niños y jóvenes, quienes debieron reorganizar sus vidas en entornos desconocidos. Incluso el retorno a Chile supuso para muchos una “crisis objetiva y subjetiva”, vivida como un nuevo exilio, con hondas consecuencias emocionales (116–117). Estos aportes permiten comprender que estos procesos, al retorno no solo afectaron a los adultos militantes, sino que atravesaron de forma decisiva la experiencia vital de hijos e hijas, configurando memorias transgeneracionales del desarraigo.

Los trabajos existentes abordan las relaciones entre género, memoria, militancia y afectividad en el exilio, pero dejan en un segundo plano el papel de la maternidad como espacio articulador de estas dimensiones. Este proyecto se propone ocupar ese vacío, explorando cómo las mujeres madres resignificaron la crianza en contextos de desarraigo y cómo esas experiencias fueron transmitidas a las generaciones posteriores, contribuyendo así a una comprensión de estos procesos.

En este panorama, las historias de vida de mujeres madres durante las dictaduras del Cono Sur deben comprenderse no sólo como respuestas individuales frente al desarraigo, sino como prácticas colectivas que resignificaron el cuidado y la militancia en medio de la violencia política. Estas maternidades fueron, al mismo tiempo, espacios de supervivencia y de transmisión de memoria, configurando legados que atravesaron generaciones.

Desde este marco analítico, la maternidad puede ser comprendida como una práctica histórica que excede el ámbito de lo privado y se inscribe en dinámicas sociales y políticas de larga duración. Las aproximaciones revisadas permiten advertir que los cuidados, los silencios y los relatos no se agotan en la generación que vivió directamente la represión, sino que adquieren continuidad en el tiempo familiar. Este desplazamiento analítico habilita el abordaje de la maternidad desde una perspectiva transgeneracional, atendiendo a sus efectos simbólicos y afectivos en las generaciones posteriores.

Maternidad transgeneracional: entre memoria, afecto y herencia

La noción de *maternidad transgeneracional* permite comprender cómo las experiencias de las mujeres madres en procesos de diásporas políticas y represión se proyectan más allá de su propia generación, configurando un entramado de memorias, afectos y valores que perviven en el tiempo familiar. A diferencia de la transmisión *intergeneracional*, que se produce de manera directa entre madre e hija a través de la convivencia cotidiana (Kaës 2009: 31), lo transgeneracional implica una circulación simbólica más amplia: se transmiten silencios, gestos, mandatos éticos y modos de comprender el mundo (Abraham & Torok 1994: 171–185). En esta perspectiva, la maternidad no sólo reproduce la vida biológica, sino que también actúa como un canal de continuidad histórica y emocional.

Desde la psicología psicosocial, René Kaës ha planteado que la transmisión transgeneracional alude a los contenidos psíquicos y emocionales que no han sido elaborados plenamente por una generación (45), y que emergen en las siguientes bajo formas simbólicas, narrativas o afectivas. Este enfoque resulta especialmente fecundo para analizar las memorias del exilio, donde los traumas, los duelos inconclusos y las estrategias de supervivencia se transforman en herencias invisibles que moldean la identidad de los descendientes. En esta línea, Nicolas Abraham y Maria Torok (171) describieron cómo las experiencias traumáticas no verbalizadas pueden “habitar” a los hijos y nietos como presencias latentes o fantasmas familiares.

Desde la perspectiva de la posmemoria, Marianne Hirsch (2012) plantea que las generaciones posteriores pueden recordar hechos que no vivieron directamente, incorporándolas como parte de su propia historia afectiva. Esta idea resulta especialmente iluminadora para comprender las trayectorias de Claudia y Mara. La primera carga con los recuerdos que su madre, Sara, le transmitió entre relatos y silencios; la segunda, en cambio, hereda ese pasado de manera simbólica, a través de gestos, miradas y una sensibilidad marcada por la pérdida y la búsqueda de sentido. En ambas, la maternidad aparece como un espacio donde el legado se transforma: cuidar, narrar o callar se vuelven modos de sostener la memoria y de resistir el olvido. En este sentido, la maternidad transgeneracional no solo asegura la continuidad biológica o familiar, sino también la persistencia de una memoria viva que se actualiza en las formas cotidianas de estar en el mundo.

Elizabeth Jelin (2002) amplía esta lectura al señalar que la transmisión de memorias se realiza también a través de prácticas, rituales y silencios que estructuran la vida cotidiana. Las mujeres, en su rol de cuidadoras y mediadoras del recuerdo, operan como depositarias y transmisoras de sentidos colectivos. Luisa Passerini (2017) complementa esta perspectiva al entender las memorias femeninas como procesos intersubjetivos, donde la relación entre generaciones se convierte en un diálogo continuo más que en una simple herencia.

Durante las décadas de 1970 y 1980, la reflexión feminista chilena, en diálogo con los movimientos sociales y los procesos autoritarios, problematizó la maternidad como una práctica política, especialmente en los trabajos de Julieta Kirkwood y Margarita Pisano, quienes visibilizaron el lugar ambivalente de las mujeres entre la domesticidad y la resistencia.

Julieta Kirkwood observó que la maternidad ha sido el eje en torno al cual se ha definido socialmente la identidad femenina, al punto de constituir “el más profundo y persistente mandato cultural que pesa sobre las mujeres” (Kirkwood 1987: 17). Desde esta perspectiva, la figura de la madre encarna simultáneamente la subordinación y la posibilidad de ruptura: “en el nombre de los hijos se perpetúa el orden, pero también puede iniciarse la rebeldía” (78). Su lectura resulta clave para comprender las maternidades en dictadura, su organización, el cuidado y la vida doméstica como espacios de resistencia política (82). En dicho sentido, como advierte Kirkwood, las transformaciones del feminismo de los ochenta no partieron de una negación de la maternidad, sino de su reapropiación como experiencia histórica y ética, desde donde repensar el poder, la memoria y la autonomía femenina.

Por su parte, Margarita Pisano, plantea que la diferencia entre lo femenino y lo masculino no es natural, sino el resultado de una construcción simbólica que perpetúa la subordinación de las mujeres (Pisano 2004: 11). En este orden, la familia surge como un espacio donde la maternidad cumple una función de control y reproducción social, más que de realización personal (22, 23). Sin embargo, Pisano advierte que “la posibilidad de gestar es un problema de libertad” (29), abriendo la posibilidad de comprender la maternidad como un acto de autonomía y resignificación. Así, lo femenino aparece como una “construcción simbólica diseñada por la masculinidad” (31), pero también como un terreno donde el cuidado y el amor pueden transformarse en prácticas de resistencia y memoria.

Estas tensiones entre control y libertad, inscritas en la experiencia de la maternidad, atraviesan también las historias de Sara, Claudia y Mara. En sus relatos, la maternidad se despliega como un espacio donde las marcas del exilio, los afectos y la memoria se entrelazan, revelando cómo los vínculos familiares pueden transformarse en un lenguaje para narrar la pérdida, sostener la vida y reconstruir sentido.

Pensar la maternidad desde una clave transgeneracional permite observar cómo determinados legados se sostienen y transforman en la vida cotidiana, no como relatos cerrados, sino como prácticas, gestos y disposiciones éticas. Este enfoque posibilita una lectura situada de las trayectorias familiares, donde los procesos históricos se encarnan en biografías concretas. A partir de ello, el análisis se orienta ahora hacia la trayectoria vital de Sara Teillier Sandoval, como un caso que permite examinar estas articulaciones en un contexto específico de desplazamiento político.

Sara Teillier Sandoval: memorias del exilio, maternidad y transmisión transgeneracional

La historia de Sara Teillier Sandoval, enfermera, madre de tres hijos y militante de las juventudes comunistas, condensa las múltiples dimensiones del exilio chileno durante la dictadura civil-militar. Su vida se reconstruye a partir de testimonios orales y documentos familiares, inscribiéndose en una genealogía marcada por los tránsitos. Nacida el año 1944 en Lautaro y en el seno de una familia de origen francés que había migrado a Chile durante la segunda mitad del siglo XIX. Fue la menor de siete hermanos. Su padre, Fernando Teillier Morín, contador y militante del Partido Comunista, tenía una vida activa política y colaboró en el resguardo de sus compañeros durante la persecución y prohibición del partido ocurrida en el gobierno de Juan González Videla, en el marco de la llamada “Ley Maldita” de 1945. En este marco, la infancia de Sara estuvo marcada por tránsitos continuos y un ir y venir de numerosas personas; en una casa que también funcionaba como espacio clandestino de refugio para perseguidos políticos, Sara creció rodeada de valores de solidaridad, disciplina y justicia social. En su testimonio, el hogar aparece como un espacio ambivalente: lugar de seguridad y afecto, pero también de vigilancia silenciosa, donde se aprendía a guardar secretos y a reconocer el peligro. “En mi casa siempre había tíos de visita”, recuerda, refiriéndose a militantes que buscaban resguardo. Esta temprana convivencia con la represión y la clandestinidad moldeó en ella una conciencia política precoz y un profundo sentido de responsabilidad hacia los otros.

La infancia de Sara transcurrió en un hogar numeroso, en el que su madre, Sara Melina Sandoval, desempeñó un papel central en la organización familiar y en la educación de los hijos e hijas. A pesar de las dificultades económicas y de las responsabilidades domésticas, su madre sostuvo una fuerte convicción respecto del valor del estudio, especialmente para las mujeres, a quienes exigía más disciplina y dedicación que a los varones. Desde temprana edad, Sara fue inscrita en kinder y posteriormente en la Escuela N.º 2 de Lautaro, donde disfrutó de la vida escolar y encontró un espacio de independencia frente a la intensidad de la vida doméstica. La educación aparecía así como una vía de movilidad y autonomía, alentada por una madre que, aunque severa y a veces distante, inculcó en sus hijas la idea de que debían aprender y “tener su propia plata”. En ese entorno, la figura materna se configuró como contradictoria: exigente y práctica, pero también solidaria y resiliente, capaz de acoger a familiares huérfanos y militantes perseguidos, garantizando el acceso a la escuela y la continuidad de los estudios. La casa familiar, atravesada por la vida política y el trabajo cotidiano, funcionó como un espacio formativo donde el cuidado, la lectura y la cooperación se entrelazaron con valores de compromiso social y sentido comunitario.

A partir del testimonio oral de Sara, correspondiente a su primera infancia y adolescencia, se desprende cómo la maternidad se constituyó en un ámbito de acción y de transmisión cultural dentro de los sectores medios vinculados a la militancia política del siglo XX chileno. En su memoria, la figura materna emerge como mediadora entre las exigencias del contexto político y las necesidades de la vida doméstica, revelando formas de resistencia cotidiana que se expresan en la crianza y en la educación de los hijos e hijas. El análisis de su trayectoria de vida como experiencia situada, permite reconstruir los significados que las propias protagonistas atribuyen a la maternidad, al trabajo y a la educación, y cómo estas prácticas se entrelazan con los procesos de cambio social. En diálogo con los aportes de Jelin (2001), la maternidad narrada por Sara se entiende como un espacio donde lo privado y lo público se intersectan, articulando valores de autonomía, solidaridad y memoria familiar. De esta forma, su testimonio aporta a la comprensión de la maternidad como experiencia histórica en movimiento, cuyas huellas se proyectan más allá de su generación y se inscriben en la trama social de la historia reciente.

En los primeros años de la década de 1970, la figura de Fernando Teillier Morín, gobernador del departamento de Lautaro, se convirtió en un símbolo de las tensiones que atravesaban el país en el marco de la Reforma Agraria y de la creciente polarización política que antecedió al golpe de Estado de 1973. Según los registros del *Diario de Sesión del Senado* del 3 de marzo de 1971, se presentó una solicitud de desafuero en su contra por negarse a autorizar el uso de la fuerza pública para desalojar ocupaciones campesinas, en particular las del fundo *Las Tres Hijuelas*, ocurrido en diciembre de 1970 (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile [BCN] 1971). Los propietarios lo acusaban de incumplir su deber de mantener el orden, mientras que el propio Teillier defendió su decisión, argumentando que existían dudas sobre los deslindes del terreno y que su propósito era evitar enfrentamientos en un clima social marcado por la conflictividad rural (BCN 1971).

El proceso parlamentario que siguió al desafuero reflejó la agudización de la época, puesto que la diferencia ideológica comenzaba a transformarse en persecución política. En la Comisión de Legislación

del Senado, el caso se debatió con una dureza que trascendía lo administrativo: los discursos en torno a Teillier no solo cuestionaban su gestión, sino que lo situaban como representante de un proyecto político en disputa, asociado a la izquierda y a los procesos de transformación social impulsados por el gobierno de la Unidad Popular (BCN 1971). En ese contexto, la figura del gobernador pasó a ser objeto de hostigamiento simbólico y material, mientras en Lautaro se intensificaban las tensiones entre sectores rurales, propietarios y campesinos organizados.

Para su familia, aquella exposición pública se tradujo en un clima de temor y vulnerabilidad que fue creciendo con el paso de los meses. La estigmatización política que comenzó con el proceso de desafuero se transformó, tras el golpe militar de 1973, en persecución abierta: el nombre de Fernando Teillier Morín apareció en los bandos militares difundidos en la zona, donde incluso se ofrecían recompensas por información sobre su paradero. La represión estatal alcanzó así el ámbito doméstico, alterando las rutinas familiares, generando desplazamientos y obligando a sus miembros a desarrollar estrategias de silencio, cuidado y protección. Lo que en 1971 había sido una disputa parlamentaria se convirtió, dos años después, en una amenaza real sobre la vida.

La decisión de dejar Chile vino tras lo ocurrido con el esposo de Sara, Juan Espina, quien, pese a no tener militancia política, fue detenido el 12 de septiembre de 1973 en el Hospital de Talcahuano, donde trabajaba (junto con Sara), y trasladado a la Isla Quiriquina, permaneciendo recluido durante diez días antes de ser liberado. Este hecho marcó profundamente a la familia y evidenció cómo la represión alcanzó no solo a los militantes, sino también a quienes se encontraban próximos a ellos, por lazos familiares o afectivos. Así, Sara, Juan y sus tres hijos (Claudia de 7 años, Juan Pablo de 4 y Natalia de 1) partieron al exilio junto con los padres de Sara, y tres de sus hermanos (Sonia, Mirta y Fernando) quienes también llevaron a sus hijos y Sebastián, sobrino de Sara que vivía con los abuelos. En total, fueron catorce miembros de la familia⁴ que se vieron forzados a desplazarse primero a Perú durante seis meses y luego a Rumanía, país en el que vivieron aproximadamente siete años. Los tres años siguientes y producto de su vinculación al Partido Comunista, la familia completa debió mudarse a Mozambique como profesionales de la salud que trabajaron directamente con personas víctimas de la guerrilla desarrollada en dicho país y en una misión de recuperación tras la descolonización portuguesa. Allí, Fernando Teillier y su esposa Sara se adentraron en la selva y el resto de la familia se asentó en Maputo, capital de Mozambique.

El entorno familiar de los Teillier también estuvo marcado por la presencia de la literatura y la sensibilidad artística. Su hermano mayor, el poeta Jorge Teillier, permaneció en su país natal durante los años de la dictadura, sin partir al exilio, al igual que hizo su también hermano poeta, Iván Teillier. La permanencia de ambos hermanos contrasta con el destino de Sara, revelando la diversidad de experiencias dentro de una misma familia atravesada por la represión política. Mientras Jorge e Iván elaboraban desde la poesía y la literatura la nostalgia por la infancia y la vida en el sur, Sara encarnaba en su propia vida el desplazamiento y la búsqueda de reconstrucción lejos de su tierra natal.

⁴ Si bien los relatos familiares no permiten establecer con exactitud si todos los miembros partieron al mismo tiempo, el exilio se produjo en un lapso breve y bajo una sensación compartida de peligro.

Lo experimentado transformó la conciencia política y vital de Sara. Al igual que muchas mujeres chilenas desplazadas durante la dictadura, debió rehacer su vida en contextos culturales y lingüísticos diversos, enfrentando la precariedad material y emocional del desarraigo. Sin embargo, su relato no se reduce al sufrimiento, puesto que estuvo atravesado por la reconstrucción y la agencia desarrollada en el extranjero. Desde su identidad profesional como enfermera, continuó ejerciendo el cuidado, ahora expandido al ámbito familiar, comunitario y profesional, como una forma de resistencia y de afirmación ética.

La maternidad de Sara no se entiende solo como una práctica privada, sino como un espacio político donde confluyen la militancia, el afecto y la memoria. Su experiencia encarna las tensiones entre el mandato de género y la exigencia política de la militancia, revelando cómo las mujeres exiliadas articularon ambos planos sin renunciar a ninguno. Criar en medio del exilio significó para ella construir cotidianidad entre fronteras, sostener a sus hijos y acompañar el proceso familiar en escenarios desconocidos, lejos del país que conocía.

La transmisión de esta memoria hacia su hija Claudia y su nieta Mara da cuenta de la persistencia emocional y cultural del exilio. La memoria no se transmite de manera lineal, sino fragmentada, a través de gestos, silencios y rituales familiares. En la voz de Sara, los recuerdos de Lautaro, la figura de su padre y las imágenes de los países de acogida componen una narración intergeneracional donde lo político y lo íntimo son inseparables.

En este sentido, los silencios adquieren un valor epistemológico y afectivo fundamental. No se trata solo de ausencias en el relato, sino de formas de preservar aquello que resulta demasiado doloroso o difícil de nombrar. En el caso de Claudia, quien debió abandonar Chile a los siete años junto a su familia, el silencio se ha manifestado como una dificultad para narrar su propia experiencia. Su reticencia a hablar, más que una negación, puede comprenderse como un modo de procesar la herencia emocional del desarraigo, un espacio donde las palabras aún no logran contener la complejidad de la vivencia. Los silencios son parte constitutiva de la memoria: revelan tanto como ocultan, y su interpretación requiere reconocer la subjetividad de quien recuerda. Relevarlos en el análisis no sólo humaniza los testimonios, sino que permite visibilizar los modos en que el trauma se traduce en continuidad, en espera y en gestos cotidianos de resistencia.

El caso de la familia Teillier Espina revela cómo la violencia política, al irrumpir en lo doméstico, transformó no solo los destinos individuales, sino también las formas de maternar y de construir comunidad. Su historia confirma que los países que habitaron también fueron un territorio de afectos, donde las mujeres sostuvieron la vida en condiciones de pérdida, traduciendo el dolor en aprendizaje, y la memoria en una forma de resistencia. La trayectoria vital de Sara Teillier Sandoval encarna, en suma, la dimensión humana del exilio chileno: la mujer que cuida y trabaja, la madre que migra, la hija que hereda la memoria política de la familia perseguida y la transmite a las generaciones siguientes. En su relato convergen la historia colectiva y la intimidad femenina, mostrando que el ejercicio de la maternidad no fue solo una respuesta ante la adversidad, sino también un acto de reconstrucción ética y política frente a la violencia del desarraigo.

Ser nieta e hija de exiliados: identidad, herencia y reconstrucción de la memoria

La experiencia vital de Mara⁵ permite observar cómo las memorias del exilio se transforman y reconfiguran en las generaciones posteriores. Concebida en Portugal durante el regreso de su madre a Europa y nacida en Chile el año 1992 por la decisión de Claudia de criar a su hija en su entorno familiar, sitúa su biografía en un punto de tránsito entre el desarraigo y la reconstrucción. Su llegada marca simbólicamente la continuidad de una historia familiar signada por el tránsito, la resistencia y el intento de volver a pertenecer a un país que, aunque propio, seguía siendo desconocido para quienes regresaban.

A diferencia de las generaciones precedentes, Mara no vivió directamente el exilio, pero su identidad se configuró a partir de los relatos, silencios y gestos heredados de quienes sí lo experimentaron. En su relato emergen las huellas de una infancia y adolescencia marcadas por tensiones familiares, movilidad geográfica y búsqueda de sentido, atravesadas por la sombra persistente de la historia política familiar. Desde pequeña, escuchó hablar del golpe, de la vida en Rumania o Mozambique, y de la solidaridad que permitió sobrevivir en contextos hostiles, pero también de la discriminación y la estigmatización que sufrieron los exiliados chilenos en Europa del Este, de acuerdo a lo transmitido por su familia. En sus palabras, esas conversaciones en la mesa “nunca eran desde lo más crudo”, sino mediadas por la protección y la pedagogía afectiva de su abuela que había aprendido a narrar sin revivir el trauma.

La figura de Claudia, su madre, aparece en su testimonio como una presencia fuerte, militante en la memoria y cuidadosa en la transmisión. La mirada que Mara recuerda durante un aviso televisivo sobre el servicio militar en el que señaló que le parecería divertido integrarse al ejército “me miró con rabia y me dijo ‘¿cómo se te ocurre, con todo lo que sufrimos?’”, condensa el modo en que la memoria familiar operó como un límite ético: una advertencia contra la indiferencia, pero también una forma de transmitir la experiencia política y emocional del pasado. Así, la historia del exilio se tradujo en un marco moral y afectivo que orientó sus propios valores, su visión del país y su vínculo con la historia reciente de Chile.

Durante su adolescencia, Mara atravesó un proceso de cuestionamiento y ruptura con las certezas heredadas. La separación familiar, los conflictos con la educación católica en un colegio de monjas recibida en Concepción y su posterior paso por el Colegio Latinoamericano de Integración en Santiago (al que llegó en el contexto de la “revolución pingüina” de 2006 y tras el traslado de su familia nuclear) fueron momentos clave en la afirmación de su identidad. En ese espacio educativo, caracterizado por la reflexión crítica, el pluralismo y la memoria, encontró un terreno fértil para articular su historia personal con el compromiso colectivo. “Nos enseñaban a marchar, a protegernos, a estar siempre juntos”, recuerda, reconociendo en esas prácticas una continuidad de las redes de solidaridad que habían sostenido a su familia décadas atrás y en un espacio educativo tan significativo como terrible por la crudeza de los hechos que atravesaron la historia del establecimiento al que llegó.

⁵ Mara de Almeida, 33 años, madre y educadora de párvulos. Vive actualmente en Santiago.

El itinerario educativo y vital de Mara muestra cómo las memorias del exilio se inscriben en los cuerpos y proyectos de vida de las generaciones descendientes. La elección de su proyecto de vida basado en la educación y las ciencias sociales que la llevan a ejercer como educadora de párvulos, no surge de una transmisión directa de militancia, sino de una interiorización afectiva de la memoria: una forma de transformar el legado del desarraigo en vocación por comprender y acompañar a otros. En ella, la historia familiar se resignifica como búsqueda de sentido y justicia, y la identidad se construye en diálogo entre lo heredado y lo elegido.

La historia de Mara evidencia que el exilio no termina con el retorno. En su biografía, el pasado no se clausura: se reinterpreta y se transforma en sensibilidad, en compromiso y en interrogante. Así, su experiencia como nieta de exiliados y como hija de una generación marcada por la violencia política muestra cómo la memoria de lo vivido se proyecta hacia el presente, no como peso, sino como fuente de identidad, reflexión y continuidad ética.

A partir de estos hallazgos, es posible volver a las preguntas iniciales del estudio y situar sus principales contribuciones en una perspectiva más amplia. Los testimonios analizados no sólo iluminan las formas en que las mujeres enfrentaron el desarraigo y la violencia política, sino que también muestran cómo esas experiencias adquieren continuidad a lo largo de las generaciones, modelando disposiciones afectivas, modos de recordar e interpretaciones del pasado familiar. Esta lectura permite comprender que la maternidad transgeneracional constituye un fenómeno complejo, donde convergen dimensiones históricas, simbólicas y emocionales que exceden la experiencia individual y se proyectan como parte de un legado más amplio. En este marco, se abre una reflexión necesaria sobre el lugar que ocupa el cuidado en la reconstrucción de memorias colectivas y en la elaboración de los duelos que dejaron las dictaduras del Cono Sur.

El análisis de la trayectoria de Mara permite observar cómo los legados familiares asociados al exilio se transforman en disposiciones subjetivas, elecciones vitales y marcos éticos en las generaciones posteriores. Su biografía muestra que estos procesos no se limitan al recuerdo explícito, sino que se expresan en sensibilidades, posicionamientos y formas de vincularse con la historia reciente. En conjunto, las trayectorias analizadas configuran un continuo generacional que permite pensar la maternidad como un espacio clave en la articulación entre género, afectos e historia, abriendo el camino para retomar las preguntas que orientan este estudio.

Reflexiones Finales

El análisis de las trayectorias de Sara Teillier Sandoval, su hija Claudia y su nieta Mara permite comprender el exilio no sólo como un acontecimiento político y geográfico, sino como un proceso vital y relacional que reconfigura los vínculos familiares y roles de género. En sus relatos, las tensiones que atraviesan la maternidad, la militancia y el cuidado revelan la complejidad de las experiencias femeninas en contextos de violencia y desplazamiento, pero también cómo se reconfigura la manera en que las mujeres transmiten memoria, afectos y valores a las generaciones siguientes.

En primer lugar y en relación a la búsqueda de comprender cómo las mujeres de la familia Teillier vivieron y significaron la maternidad durante el exilio, se puede afirmar que la maternidad se convirtió en un espacio donde se articularon simultáneamente prácticas de cuidado y posicionamientos políticos frente al desarraigo. Lejos de reproducir únicamente un mandato cultural, como han mostrado los feminismos latinoamericanos de los años 1970 y 1980, las tres generaciones analizadas utilizaron la maternidad para sostener la vida afectiva en contexto de violencia estatal y, al mismo tiempo, para preservar valores militantes ligados a la justicia social. En este caso puntual, la maternidad no sólo funcionó como refugio emocional, sino también como una forma de continuidad ética frente a la ruptura del exilio.

En segundo lugar, los mandatos de género y de generación se expresan en los modos de narrar el exilio y en los silencios que lo atraviesan. Claudia, hija de Sara, carga con una memoria heredada donde lo político y lo emocional son inseparables. Su dificultad para hablar de ciertos pasajes de su infancia en el exilio no implica olvido, sino un modo de procesar el trauma familiar y de proteger a sus hijas de su peso. En su caso, el mandato de género se reconfigura: ya no desde la militancia visible, sino desde la mediación emocional y pedagógica. A través de la resignificación del exilio y su experiencia en valores transmitidos en la intimidad doméstica, Claudia transforma el dolor en enseñanza. Su forma de maternar evidencia una continuidad con la generación anterior, pero también una distancia crítica en la medida que concibe el cuidado no como sacrificio político, sino como ejercicio consciente de transmisión y reparación. Lo anterior da cuenta de la existencia de una transmisión transgeneracional en el sentido que plantean Kaës, Abraham y Torok, evidenciando que la memoria del exilio no depende únicamente del relato oral directo, sino que se sostiene en gestos, ausencias y afectos que circulan más allá de las generaciones que vivieron los hechos.

En tercer lugar, la experiencia de Mara permite observar cómo estas tensiones y mandatos se actualizan en las generaciones posteriores. Aunque no vivió el exilio, lo hereda simbólicamente como marco identitario. En ella, la memoria del desarraigo se transforma en curiosidad, pensamiento crítico y compromiso social. Su biografía muestra que las memorias del exilio no se transmiten como consignas, sino como disposiciones afectivas, como sensibilidad frente a la injusticia y como búsqueda de sentido. Así, la maternidad y la filiación se revelan como espacios donde la historia se encarna y se resignifica.

En base a lo mencionado, los testimonios evidencian representados en tres generaciones dan cuenta que las maternidades en el exilio fueron lugares de tensión, pero también de creación y resistencia. A través de la transmisión de los relatos por medio de la crianza, se mantuvo viva la trama social y emocional de las familias, aún en medio del trauma y la pérdida que significó la experiencia del exilio. Ligado a esto, los mandatos de género tales como cuidar, sostener y contener, se reescribieron bajo las nuevas condiciones que la familia tuvo que sortear. En este contexto, el exilio transformó el cuidado en una práctica política y la maternidad en un espacio de agencia. Del mismo modo, los mandatos de generación transitaron de la obediencia a la reinterpretación, del silencio a la reflexión crítica, de la experiencia vivida al aprendizaje transmitido.

En síntesis, las tensiones y mandatos presentes en estas trayectorias revelan que la historia del exilio no culmina con el retorno, sino que se perpetúa en las vidas de quienes lo heredan. En la voz de Sara, en los silencios de Claudia y en la búsqueda de Mara reside un mismo impulso: el de reconstruir el sentido de pertenencia y dignidad frente a la perdida. Estas maternidades transgeneracionales iluminan el exilio como un proceso de memoria viva, donde lo íntimo y lo político se entrelazan para sostener la continuidad de la vida y de la historia y como estas operan desde la resistencia a la violencia política, transformando el acto de cuidar en una práctica histórica de reparación y continuidad.

Bibliografía

- Abraham, Nicolas, and Maria Torok. 1994. *The Shell and the Kernel: Renewals of Psychoanalysis*. Chicago: University of Chicago Press.
- Arfuch, Leonor. 2018. *La vida narrada: Memoria, subjetividad y política*. Villa María, Eduvim, Zona de Crítica.
- Bacci, C. y Oberti, A. (Comps.) 2022. *Testimonios, género y afectos. América Latina desde los territorios y las memorias al presente*. Argentina: EDUVIM.
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. 3 de marzo 1971. "Labor parlamentaria: Participación del caso Fernando Teillier Morín". <https://www.bcn.cl/laborparlamentaria/participacion?idParticipacion=900152>
- Cavieres, Andrea. 2021. *El concepto de tecnología de género en Teresa de Lauretis*. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago.
- Domínguez, Roberto. "Psicoterapia de un niño chileno exiliado y retornado", en Psicoterapia y represión política, 1984.
- Espinoza Cartes, Carolina Andrea. 2019. "Exiliadas chilenas: una aproximación de género en las memorias del exilio." *Endoxa* 44 (2019): 155-184. <https://doi.org/10.5944/endoxa.44.2019.24388>
- Franco, Marina. 2018. *El exilio: Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____. 2018. *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: Fondo De Cultura Económica.
- _____. 2019. *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Hirsch, Marianne. 2012. *The Generation of Postmemory*. Poetics Today. Doi: 10.1215/03335372-2007-019
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jensen, S. I. 2007. *El exilio argentino de la última dictadura en contextos: Formas de abordaje e implicancias ético-políticas*. En XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán.
- Jensen, Silvina. 2007. *La provincia flotante: El exilio argentino en Cataluña (1976-2006)*. Casa Amèrica Catalunya.
- Kaës, René. 2009. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kirkwood, Julieta. 1987. *Feminarios*, Ediciones CEM, Santiago, Chile.
- Llobet, Valeria. 2016. Infancias, políticas y derechos. El gobierno de las infancias en América Latina. Buenos Aires: CLACSO.
- Oberti, Alejandra. 2015. *Las revolucionarias: Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhsa.
- Oliveira-Cézar, María. "El exilio argentino en Francia", *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [Online], 1 | 2000, Online since 22 December 2004, connection on 15 December 2025. URL: <http://journals.openedition.org/alhim/67>; DOI: <https://doi.org/10.4000/alhim.67>
- Passerini, Luisa. 2017. *Gender and Memory* (1st ed.). Taylor and Francis.
- _____. 2016. *Memory and Utopia: The Primacy of Inter-Subjectivity*. Londres: Equinox.
- Pateman, Carole y Agra Romero, María José. 1995. El contrato sexual. Vol. 87. Iztapala, Anthropos Editorial.
- Peller, Mariela. 2020. "Las hijas de la militancia". En Arnés, L., De Leone, L. y Punte, M. J. (Coords.) *Historia feminista de la literatura argentina. En la intemperie: poéticas de la fragilidad y la revuelta*. Argentina: EDUVIM.
- Pisano, Margarita. 2004. *El triunfo de la masculinidad*, Ediciones La Morada, Santiago, Chile.
- Rojas Mira, C., & Santoni, A. (2013). Geografía política del exilio chileno: los diferentes rostros de la solidaridad. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, 21(41), 123-142. <https://doi.org/10.18504/pl2141-123-2013>
- Stern, Steve. 2009. *Luchando por mentes y corazones: La batalla por la memoria en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Vidaurrázaga, Tamara. 2019. *El No Lugar de la militancia femenina en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*. Mujeres y Política en Chile, édité par Manuel Loyola Tapia et al., Ariadna Ediciones.